



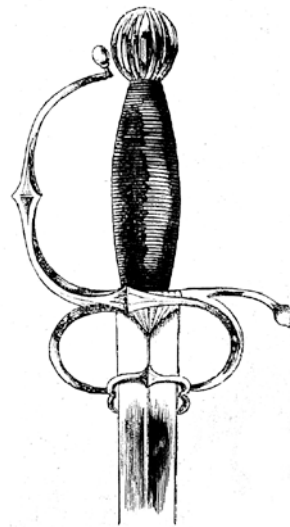
Codicia y manipulación

Jaime Augusto Shelley

¿CÓMO NOMBRAREMOS A ESTA ÉPOCA en los años por venir?

¿Década de la codicia sin límite, del oportunismo incontenible, de la voracidad institucionalizada, del oscurantismo redivivo, del entreguismo sin tapujos...?

Todos esos epítetos podrán inscribirse en los libros de Historia nacional futura, aunque resultarán insuficientes para abarcar los campos de la destrucción que hemos sufrido como país, como sociedad, como individuos, al haber sido convertidos en fórmulas de experimentación en el ejercicio de la manipulación y explotación que el gran capital (*el .01*) ha realizado con operaciones sistemáticas de desmantelamiento del tejido social, cultural y económico del país, con el apoyo de sus dirigentes políticos, eclesiásticos, patronales, sindicales, de la industria de la comunicación y el entretenimiento, sin olvidar la natural apatía de sus pobladores, siempre dispuestos a dejar pasar los cúmulos de infamias que caen sobre sus cabezas diariamente y sin enterarse (o desear mejor no enterarse) de los significados, razones, consecuencias de cada acción, cada mañana. Y la información está allí, claramente a la vista, datos y cifras a pesar del intento de tergiversación u ocultamiento saltan en medio de la confusión intencionada para desaparecer sepultadas por nuevas estadísticas que son extemporáneas o carecen ya de sentido.



Todos mienten. No importa, nadie escucha.

Por tradición ancestral, desde sus orígenes prehispánicos, eso que ahora llamamos pueblo mexicano (a contrapelo de la multiplicidad de etnias que lo conforman, además de sus castas, clases y regiones, tan ajenas entre sí en sus formas tradicionales y culturales) ese *ente*, es de arriba hasta abajo, de naturaleza por demás conservadora.

Somos católicos, sin serlo esencialmente. Somos republicanos sin nunca haber ejercido una función ciudadana. Somos patriotas del hocico para fuera, asumidas las distintas proclividades al dominio en turno, fuera éste español, francés, yanqui, o una mezcla placentera de todos ellos. Colonizados desde el principio, nunca hemos hecho algo por establecer una verdadera identidad nacional incluyente.

La revolución de Independencia cambió solamente de amos. Los criollos asumieron el poder arrebatado al puñado de españoles que ordenaba, a nombre de la Corona española, los destinos de la Nueva España.

Eran, como lo son todavía, una minoría de blancos, en un país de indios que no hablaban español, sino su

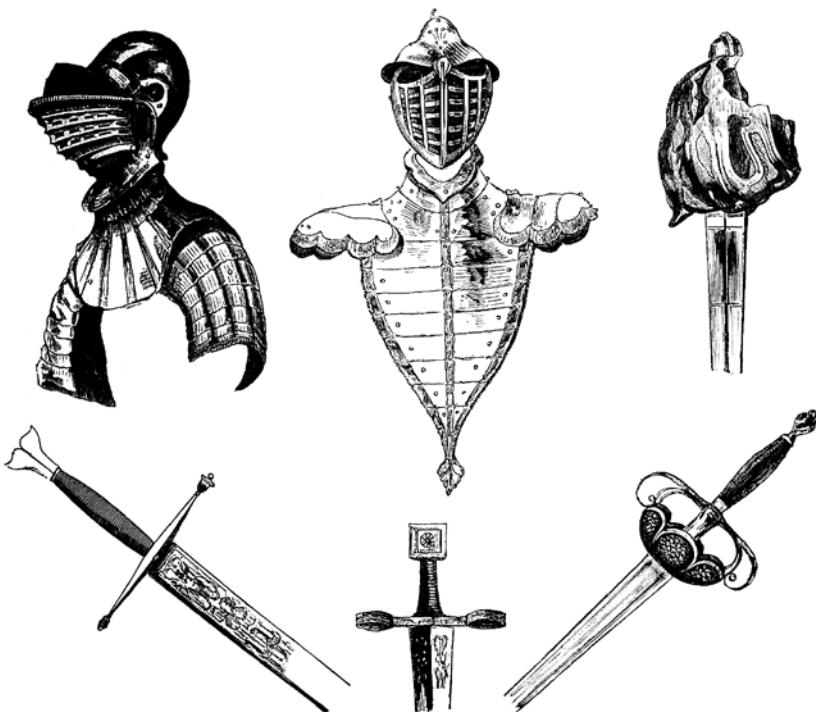
propia lengua, en espacios que les eran propios, sus comunidades y que se habían acostumbrado a ignorar al invasor.

¿Ha cambiado en algo el comportamiento de ese llamado pueblo mexicano?

No parece ser así.

Los despojos de tierras, su envenenamiento del agua, del aire, sus carencias en los sectores de salud, de educación, de trabajo digno, la indiferencia y corrupción de las autoridades —convertidas en simples capataces satisfechas con las migajas que les arrojan los verdaderos amos, respecto a las condiciones en que sobrevive la mitad de sus pobladores— y su privilegiar la rapiña de las empresas trasnacionales en la vida económica del país. Decisiones, una tras otra, que acaban con la posibilidad de un desarrollo propio, a largo plazo, de una política propia que ofrezca un horizonte real, palpable, de posibilidades a los millones de jóvenes que inician su vida laboral ahora sumidos en el desconcierto, con su esperanza apenas puesta en la mera supervivencia, sin seguridad de ningún tipo. Será abrirse el camino a codazos y empujones, la violencia individualista por sobre la solidaridad, indispensable en la convivencia de una sociedad que se pretende democrática, sin nunca haberlo sido.

La tradición de servidumbre campea en las acciones (¿reacciones?) de este pueblo que nunca siquiera ha intentado expresarse. No habría consenso. No hay ejercicio histórico. El general Villa y el general Zapata no hablaron el mismo lenguaje. No entendían las prioridades del otro. Eran, de hecho, la manifestación de dos percepciones de la realidad dominante, de dos comunidades contiguas pero extrañas entre sí, de dos valores



culturales que enfatizan sus aspiraciones, carencias y objetivos propios, sin considerar por supuesto los de otros numerosos grupos diseminados por el Cuerno de la Abundancia. Tenían intereses diversos, algunos de los cuales no tuvieron casi nada que ver con los sobresaltados movimientos que se dieron en el centro del convulso país después que al señor Madero, ocupado como estaba por sus aficiones a las artes de la magia ocultista, lo asesinaran, en la conspiración manejada por el embajador yanqui, que ya de entonces representaba los intereses de las compañías petroleras cuando exigían concesiones libres de toda traba.

Zapata había desarmado a sus tropas y Villa pierde el favor de los gringos y su glorioso ejército, abastecido, armado, vestido y pagado por sus aliados hasta entonces, pierde la guerra, y él se convierte en un desarrapado y perseguido hasta que es, a su vez, como Zapata, asesinado. Carranza asume el poder y es también asesinado. Nunca concedió lo que las petroleras le demandan. Y Obregón, otro muerto colateral, tampoco.

¿Qué hizo Calles? Prometió y se hizo el disimulado, mientras las exitosas compañías extraían a borbotones lo que en aquel entonces se llamara La Franja de Oro, una extensa región costera de Veracruz, una de las regiones más ricas en depósitos de hidrocarburos conocidos en la época, de donde se llevaron hasta la última gota de petróleo, sin pago alguno y explotando brutalmente la mano de obra: con salarios de un peso diario establecieron directamente de los pozos al mar mangueras que llenaban los barcos hasta los topes. Un ejemplar ejercicio de eficiencia industrial.

Ladrones y asesinos, esos seres despreciables, acabaron convertidos en cabezas de corporaciones que constituyeron la base de las más grandes fortu-



Armadura de Hernán Cortés, ilustración del libro *Historia de la Conquista de Méjico* de Antonio Solís, 1851

nas norteamericanas, ahora ocultas tras el velo de entes anónimos, bajo el techo pródigo de la Bolsa de Valores de Nueva York. Los descendientes de esos sujetos, ahora notables y admirados filántropos, casi de sangre azul, son quienes desean volver a los viejos y gloriosos tiempos de su dominación. Cambian los métodos, el fin sigue siendo el mismo. Y los serviles empleados andan, bajo la mesa, en espera de recoger las migajas. Los Salinas, los Zedillo, los Fox y calderones, entrenados por sus patrones, han puesto ya la mesa del festín. ¿Quién los seguirá? Y a qué precio. ¿Cuál pueblo mexicano va a responder al desafío? ■■■